

la colección Adonáis con versiones, además de las suyas, de Panero, Muñoz Rojas y José Luis Cano. Dámaso traduce «La figlia che piange» y «El viaje de los Reyes Magos».

Un par de años después aparecen sus versiones de «Seis poemas de Hopkins» que da a luz en un *Homenaje a Walter Starkie* publicado por José Janés en Barcelona en 1948. Unos meses después, sus versiones se reeditan en México en un librito que a mí me regaló Carmen Muñoz, la mujer de Rafael Dieste, y que reza así:

*Seis poemas de Hopkins, traducidos por Dámaso Alonso.* Monterrey (México), Colección Camelina [Impresora del Norte, S. A.], enero de 1949.

Gerard Manley Hopkins (1844–1898) fue un poeta victoriano inglés que se convirtió al catolicismo e ingresó en la Compañía de Jesús. Su poesía se publicó póstumamente en 1918 y tardó en abrirse camino (hasta 1930, pasados doce años, no se hizo la segunda edición), pero acabó convirtiéndose en un antecedente ineludible de la mejor poesía británica del siglo xx, con Eliot a la cabeza.

Dámaso Alonso informa en su interesantísimo «Preliminar»: «En España fue José Antonio Muñoz Rojas quien en 1936 publicó (en la revista *Cruz y Raya*) las primeras traducciones de Hopkins, que yo entonces no pude leer. Y el mismo Muñoz Rojas ha sido quien muchos años más tarde me ha puesto en contacto con su poesía, con este mundo de belleza y pasión, que cada vez me absorbe más.» Y en una nota final añade: «Muñoz Rojas tradujo los poemas 40, 45 y 37 de la edición inglesa... Del número 40 (*Consolación de la Carroña*) se da aquí una nueva versión. En ella he utilizado algunas expresiones –insustituibles– de la de Muñoz Rojas. En la antología de poesía inglesa, publicada por M. Manent con el título de *Románticos y Victorianos*, Barcelona, 1945 –libro admirable– hay dos bellas traducciones de los poemas de Hopkins, número 2 y 9. Leopoldo Panero, gran poeta y conocedor de Hopkins, ha traducido el número 20 (*Duns Scotu's Oxford*). Según su empecatada costumbre tardará aún varios años en publicarla. He oído decir que se han publicado también traducciones de Hopkins en Hispanoamérica.»

Y respecto a su labor y a la complejidad del sistema poético de Hopkins, da muchas y precisas explicaciones, y acaba resumiendo

do: «Quizá nunca traductor alguno estuvo tan convencido como yo del propio fracaso, sintió tal necesidad de confesar su traición, el alcance y los motivos de su traición... Las dificultades de la traducción de Hopkins son insuperables.» Y más adelante: «Hopkins es desmesuradamente difícil. Piense el lector español (aunque la comparación es imperfecta) en un Góngora con la hondura espiritual de San Juan de la Cruz, o bien en un San Juan de la Cruz que hubiera escrito con las complejidades y rarezas de Góngora.»

Leamos uno de estos poemas traducidos por Dámaso:

*Vitores en la Cosecha*

Ahora acaba el verano;  
con bárbara hermosura las hacinas se elevan  
alrededor; arriba, muy arriba  
¡qué andanzas de los vientos, y qué bello ese porte  
de los sedeños sacos de las nubes!  
¿Acaso alguna vez  
torbellinos de harina, más salvajes,  
más ondulados caprichosamente,  
en moldes se fraguaron, fundieron entre el cielo?

Yo camino: levanto, yo levanto  
el corazón, los ojos,  
para –al fondo de toda la gloria de los cielos–  
cosechar al Señor.  
Ay, corazón, ay ojos, ¿qué miradas,  
qué labios os han nunca respondido  
con tal amor en rapto  
y con esas respuestas tan reales, rotundas?

Las colgantes colinas azuladas  
su hombro son, sostenedor del mundo,  
lleno de majestad  
–tal un enorme y fuerte caballo garañón,  
dulce, muy dulcemente violeta–.  
Esta hermosura, toda esta hermosura  
estaba aquí.

Sólo el contemplador faltaba.  
Cuando una vez, por fin, los dos se juntan,  
al corazón le nacen  
unas alas valientes, cada vez más valientes,  
y súbita le escapa,  
oh, sí, casi le escapa la tierra bajo el pie.

Alonso ha hecho del poema 14 de Hopkins, «*Hurrahing in Harvest*», un gran poema en castellano, pero tengamos en cuenta su advertencia: «Hopkins, que en el original es un poeta tan difícil como Góngora o Mallarmé (aunque, de los tres, cada uno lo sea por causas distintas), en mis versiones resulta liso, bastante sencillo, casi diáfano. La impresión que recibe el lector es, pues, engañosa.»

En 1962, la Editorial Gredos, que él mismo dirigía, publicó una *Antología de poetas ingleses modernos* en la que, además de sus versiones de Hopkins, incluyó otras de Yeats y D. H. Lawrence, aunque, curiosamente, no las de Eliot. Reproduzco a continuación su versión de «*When you are old*», del irlandés William Butler Yeats, que a su vez es una recreación de un famoso soneto de Ronsard, y que Dámaso titula sencillamente «Poema»:

Cuando, el cabello gris, ya vieja, junto al fuego,  
con sueño cabecees, entre tus manos toma  
este libro. Despacio lee, y sueña aquel dulce  
mirar que hubo en tus ojos, y su profunda sombra,

y cuántos tus alegres días de gracia amaron  
y tu hermosura: amores, ya falsos o ya hondos.  
Pero la peregrina que era tu alma uno  
solo la amó, y las penas en tu cambiante rostro.

E inclinada la frente hacia las rojas brasas,  
murmura, un poco triste, cómo el amor huyó,  
y ascendiendo a las altas montañas a ocultarse  
entre una multitud de estrellas se escondió.

Con gran maestría, Dámaso convierte el texto de Yeats en un poema en alejandrinos castellanos con rimas en los versos pares, asonantes en los dos primeros cuartetos y consonantes en el tercero, y una envidiable fluidez.

Finalmente, también en la década de los 60, Dámaso Alonso publica en Madrid, en la *Revista de Cultura Brasileña* que editaban los servicios culturales de la embajada de Brasil en España y dirigía Ángel Crespo, versiones de poetas brasileños contemporáneos firmadas al alimón por los dos, Alonso y Crespo.

No tengo constancia del año en que se publican las primeras traducciones de Jorge Guillén (Valladolid 1893–Málaga 1984), el poeta de su generación que más y de manera más variada tradujo. La referencia más antigua que he encontrado es la de unos poemas de Paul Valéry, en la revista murciana *Verso y prosa*, justamente el año 1927.

Guillén no sólo tradujo, sino que en muchos casos se apropió de los poemas ajenos, o los utilizó como motivo de homenaje, de manera que, cuando reunió su obra completa en los cinco volúmenes de *Aire nuestro*, el tercero, titulado *Homenajes*, mezcla poemas propios, versiones, traducciones propiamente dichas, «imitaciones», lo que él llama «reunión de vidas», en donde está presente prácticamente la poesía universal, desde el «Génesis», Homero o Safo, pasando por Horacio o Lucrecio, las cantigas galaico-portuguesas, Po Chu-i o unas «Glicinas japonesas», y, naturalmente, Tasso, Shakespeare, Hölderlin, Leopardi, Rimbaud y muchos más, hasta contemporáneos como Yeats, Valéry, Rilke, Montale, Supervielle, Pessoa, Pound, Saint-John Perse y un larguísimo etcétera. Guillén no se considera estrictamente un traductor; las servidumbres que impone la exactitud le molestan, y a menudo las evita escribiendo un poema nuevo, basado en el del autor traducido pero distinto en buena parte de él. Otras veces, prueba ambos métodos, y llega a publicar, una junto a otra, las dos versiones, la más ligada al original y la más libre. Esto le permite recrear los poemas a su manera, dialogar con ellos, agruparlos con su propia obra, y por eso los incorpora precisamente a ella en este volumen central, el tercero, de su *Aire nuestro*.

Su traducción más conocida es sin duda la de *El cementerio marino* de Paul Valéry. El primer verso de este largo poema dice en francés: *Ce toit tranquille ou marchent des colombes*; es decir, literalmente, «Este techo tranquilo por donde caminan palomas». Guillén lo traduce como «Este techo, tranquilo de palomas», lo que le permite mantener la medida del verso pero a costa de decir algo distinto que el poeta francés. Este es su criterio, y a él se atiene en casi todos los casos. Veamos algunas de sus versiones.

En diálogo con los Evangelios, escribe, por ejemplo:

Leve, poco real, este camello  
Pasará por el ojo de la aguja.

Y «al margen de Safo», apoderándose de su estrofa, llamada «sáfica»:

*Ritmo a favor*

Ya los pastores que el jacinto huellan,  
Vuelven en paz con sencillez de oscuros.  
Atis ya implora su secreto a Safo,  
Noche lunada.

«Mis labios buscan el mejor abismo  
Mientras las olas a las playas traen  
Ecos y flecos del abismo ignoto  
Que nos alienta.»

Noble estatura, la cabeza altiva,  
Ímpetu brusco y lentitud de celo,  
Tierna hasta el llanto, caprichosa, fuerte,  
Ávida humilde.

Y remata el poema con una estrofa última dedicada «A Don Esteban Manuel de Villegas», poeta dieciochesco que utilizó esta misma estrofa en sus versos:

Dulce Villegas que al presente ritmo  
Diste un acento de fervor con gracia:

Te restituyo tu joyel de músico.  
¡Sáfico adónico!

Veamos un par de ejemplos de sus traducciones de autores contemporáneos. Primero «El silfo», un sonetillo de Valéry:

Ni visto ni oído.  
Yo soy el aroma  
Vivo y fallecido  
Que en el viento asoma.

Ni visto ni oído.  
¿Genio si no azar?  
Apenas venido,  
Nada hay que buscar.

¿Leído, sabido?  
Error, las pesquisas  
¡Ay! del más agudo.

Ni visto ni oído.  
¡Un seno desnudo  
Entre dos camisas!

Finalmente, «Motivo» de Ezra Pound:

Un viento leve oí. Buscándome venía  
    Por bosques sosegados.  
Contemplé un viento leve. Buscándome venía  
    Por mares sosegados.

Entre follajes de terrenos foscos  
    Mi camino seguí.  
Noche y día, por aguas silenciosas  
Anduve errando  
                                  tras el viento leve.

Un traductor temprano, que realiza sus versiones en sus años de estudiante universitario, es Emilio Prados (Málaga, 4.3.1899-